

Título: LAS BUENAS INTENCIONES

Autora: Amity Gaige

Colección: Narrativa

Fecha pub.: enero de 2015

www.salamandra.info

Tel.: 93 467 43 85

LA NOVELA

Escogida como una de las mejores novelas de 2013 en medios como *The New York Times*, *The Huffington Post*, *The Washington Post*, *Publishers Weekly*, *Bookmarks* y *Kirkus Reviews*, y elogiada por críticos y escritores de gran relieve, esta tercera novela de la escritora estadounidense Amity Gaige se presenta como una novela de suspense que, a medida que avanza la trama, se convierte en un relato lúcido y poético que sitúa al lector frente a un complejo dilema moral. El enigma de la identidad, los fantasmas del pasado, el amor incompleto, los sueños malogrados, en suma, todo aquello que determina la conducta de una persona converge en Eric, el narrador, un personaje contradictorio y seductor, que no dejará indiferente a ningún lector.

EL ARGUMENTO

Desde la cárcel, Eric Kennedy escribe una larga carta a su esposa, Laura, en la que confiesa los motivos que lo llevaron a incumplir flagrantemente la ley. En trámite de divorcio, Eric y Laura se hallaban en mitad de una tensa y desagradable pugna por la custodia de la pequeña Meadow, su hija de seis años, cuando él se llevó a la niña sin autorización y sin dejar rastros para realizar un viaje por los lagos de Vermont. Así, en su reveladora misiva, Eric no sólo repasa episodios clave de su vida con la intención de aclarar —y quizá justificar— su comportamiento, sino que también desgrana los momentos más felices de su paternidad, puesto que, a pesar de sus defectos, ha sido siempre un padre afectuoso y entrañable.

EL DILEMA
DEL LECTOR

Uno de los aspectos por los que se distingue la novela de Amity Gaige es la eficiencia con la que Eric, el narrador, capta nuestra simpatía y, al mismo tiempo, nos causa una creciente e insidiosa aversión, pues, a pesar de que tendemos a contemplar su punto de vista con comprensión, e incluso afecto, no podemos evitar desconfiar de su juicio y discrepar de sus actos.

Con maestría, la autora consigue llevar al lector a esta situación de incomodidad de forma gradual, y lo que comienza como un improvisado viaje en coche del padre con su pequeña hija, una «aventura» (con guiños a las convenciones del género de la «novela de carretera» y la *road movie*), se convierte en una tensa huida. Eric escribe con posterioridad a los hechos, genuinamente consternado, y su relato pone en evidencia la fragilidad psicológica sobre la que se sostiene la identidad. A veces, pese a tener las mejores intenciones, no somos capaces de estar a la altura de nuestras aspiraciones y amar como querríamos.

En 1984, Eric Kennedy, el protagonista y narrador de *Las buenas intenciones*, se llamaba Erik Schroder, tenía catorce años y era un joven inmigrante llegado de Alemania Oriental. Con la intención de evitar las burlas en el colegio y acelerar su proceso de integración en la juventud norteamericana, se inscribió en un campamento de verano con un nombre falso.

«¿Por qué se creyeron mi embuste? Sabe Dios... Lo único que puedo decir es que era 1984. ¡Si hasta podía solicitarse el número de la seguridad social por correo! No había bases de datos, uno tenía que ser rico para conseguir una tarjeta de crédito, el testamento se guardaba en la caja fuerte del banco y el dinero se llevaba en un fajo enorme. No existían tecnologías para la omnisciencia, nadie las quería. Todo el mundo era quien decía ser. Y yo era Eric Kennedy.»

A partir de ese momento, Erik fue siempre Eric Kennedy, y comenzó una vida que lo llevaría a rozar la felicidad. Después de estudiar en la universidad y de trabajar como traductor médico, se enamoró de Laura, con quien se casó y tuvo una hija. Todo iba bien hasta que en cierto momento, cuando la crisis económica golpeó el mercado inmobiliario y Eric se quedó sin ingresos, se vio obligado a quedarse en casa cuidando de su hija, Meadow, que ya correteaba entre sus piernas. Ese tiempo pasado con la niña hizo aflorar en él un amor que no creía poseer, y cuando tiempo después se separaron y su esposa le pidió el divorcio, se vio incapaz de alejarse de la pequeña.

«Técnicamente, el fraude se define no por el acto de mentir, sino por “la intención de beneficiarse de la mentira”. Mentir por placer, o por las otras razones diversas por las que mentimos (por ejemplo, para evitar el dolor físico o la recriminación, o para perpetuar un autoengaño patético), no constituye necesariamente un fraude.»

Pero la primera mentira importante de Eric se remonta a 1975, cuando, a la edad de cinco años, en la frontera con Berlín Occidental, ayudó a su padre a convencer a un agente de que su esposa (la madre de Eric) había muerto, cuando en verdad no era así. (El padre de Eric quería vengarse de su mujer porque ella se había enamorado de otro, y la castigó llevándose al hijo de ambos.) Esa mentira dejará en Eric una huella silenciosa pero profunda, que hasta cierto punto explica su comportamiento posterior.

No en vano el único consejo que recuerda de su padre fue uno que le dio cuando era niño: «Lo natural es huir».

A lo largo de toda la novela, el protagonista ofrece sus reflexiones y comentarios sobre el divorcio, la custodia y el desamor en Estados Unidos. Aquí van algunas de las reflexiones más interesantes:

Sobre el divorcio en nuestra época: «Pasó el tiempo y, por razones que no voy a analizar aquí, el divorcio se desmitificó. Allá por las décadas de los setenta y los ochenta, hubo quien comenzó a ver el divorcio como un acto de asertividad para personas reprimidas, tanto hombres como mujeres. El matrimonio se convirtió en el problema, y el divorcio, en la solución. Y de pronto todo el mundo quería separarse. El proceso de divorcio se simplificó mucho. Parecía que lo vendieran por las esquinas. Uno se podía divorciar en un barco, en un tren, en un centro comercial, donde le diera la gana. Al mismo tiempo —y no tardaré en dar por zanjado este tema—, esas décadas aportaron al campo legal del divorcio algunas ideas nuevas y emocionantes. Por ejemplo, el “divorcio sin culpa”, en el que se suponía que el matrimonio había fracasado por su cuenta y riesgo, sin intervención de sus participantes. Y aunque el concepto de divorcio sin culpa es un oxímoron, y “divorcio con doble culpa” podría haber sido un término mucho más apropiado como categoría legal, aquello hizo furor. El resultado del divorcio sin culpa, y a eso es a lo que voy, es que no presuponía preferencia alguna hacia el padre o hacia la madre en el asunto de la custodia. Es más, cuando se animaba a los padres a dirimir las disputas por la custodia antes del juicio, por medio del proceso más tranquilo de la mediación, el divorcio perdía su dramatismo inherente. Desaparecieron los testimonios excitantes y perjuros de un miembro de la familia en contra del otro. Y esto permitió que a nivel legal se prefiriera (en doce estados) el concepto de “custodia compartida”.»

Sobre los padres divorciados: «Creo que hablo en nombre de muchos padres divorciados cuando digo que, durante un divorcio, te cae tal cantidad de mierda encima que el trastorno emocional de un niño se incluye en toda una constelación de problemas, y esos problemas son tantos que uno empieza a poner todas sus esperanzas en la resolución legal, como si el fallo de un juez fuera una especie de final, una solución casi atómica, algo que lo borrará todo.»

Sobre la custodia compartida y los trucos para evitar problemas:

«Uno de los consejos que se da a los padres que se disputan custodias extremadamente conflictivas es que confisquen los pasaportes de los hijos. Si uno de los cónyuges teme que el otro pueda huir con el niño —esto es, secuestrarlo (ya está, ya lo he dicho)—, el primero debería pedir al juez que retenga el pasaporte del hijo. No obstante, los padres deberían comprender: *a*) que Estados Unidos no tiene control de salida; en otras palabras, que cualquiera de nosotros puede salir en cualquier momento que se le antoje, y *b*) que no hay forma de rastrear o anular un pasaporte una vez que se ha expedido.»

Sobre el divorcio y el amor: «Cuando Meadow tenía cinco años, nos unimos a otro millón de parejas separadas legalmente o divorciadas, incluyendo así a nuestra hija entre las filas de los millones de niños que viven con padres separados o divorciados, sin duda el subgrupo mayor al que pertenecerá en toda su vida. Dicen que uno de cada siete de esos divorcios conlleva una batalla por la custodia. Esto significa que, en ese mismo año, unos doscientos mil padres contrariados presentaron sus peticiones en los tribunales de familia y pagaron decenas de miles de dólares para acabar más frustrados de lo que estaban en un principio. Se convirtieron en personas dañadas, en realidad. Locos. Porque, por supuesto, lo que de verdad nos vuelve locos es la desaparición del amor.»

El secreto americano: «Se sentía el cuerpo estimulado, el corazón exaltado, y por fin entendió el secreto americano: la única persona que podía poner obstáculos a un hombre era él mismo.»

La felicidad: «En una ocasión, en invierno, mirando hacia el cañón de Poestenkill, con la niña dormida en la mochilita contra el pecho de su madre, el novio contempló el resplandor de la nieve recién caída al pie de los árboles, contempló las ramas desnudas, que formaban un encaje a través del cual se veían las torres de las iglesias y el humo de las chimeneas en el valle, y tuvo la impresión de llevar mucho tiempo caminando y de haber llegado por fin a su destino.»

La crisis económica: «Dicen que la crisis nos vuelve introspectivos. Sin trabajo, la gente de pronto tiene tiempo para contemplar el tapiz de su alma. Personas que durante décadas no habían hecho otra cosa que

romperse los cuernos, de repente horneaban pan, leían poesía, creaban mandalas con arena y planteaban preguntas peliagudas a sus rabinos y sacerdotes. No quiero decir con esto que la crisis fuera buena para nosotros, pero sí que procuramos llevarla de la mejor forma posible.»

El silencio: «Siempre me ha fascinado —y me ha incomodado— el silencio. Mi investigación me obligó a ver que esos paréntesis de silencio cortos están en todas partes y que hasta el sonido necesita del silencio para ser sonido. Hay silencios diminutos por toda esta página. Entre párrafos. Entre estas mismas palabras. Aun así, pueden ser muy solitarios. De manera que, de todos los fallos de mi proyecto, yo diría que el peor es que no he conseguido librarme de la sensación de soledad que me producen las pausas. A veces todavía deseo que no hubiera ningún silencio. De modo que éste te lo ofrezco con cierta reticencia.»

P. *¿Qué le interesó del tema de la identidad, desde los años de formación hasta cómo nos presentamos como adultos?*

AMITY GAIGE: Alguien me dijo una vez que todos mis libros tratan sobre la identidad. Es cierto. Quién sabe por qué. Fui consciente, de manera temprana y turbadora, de que el yo es una construcción. Y por desgracia no he podido quitármelo de la cabeza. En gran medida «decidimos» quiénes somos. Nos enseñamos a nosotros mismos a tener ciertas cualidades. Pero quién sabe si, incluso a pesar de eso, se trasluce un yo con el que nacemos, que es mejor o peor del que proyectamos.

Supongo que eso mismo está en la novela. A pesar de que Erik se reinventa a sí mismo como Eric, el americano competente, no puede transformarse del todo convincentemente. La parte de su yo que tiene que ver con esa infancia fracturada en Alemania se cuela. Incluso Laura empieza a darse cuenta. Antes de descubrir que es un fraude, nota que hay algo fraudulento en él. Ésa es mi respuesta: quizá sí existe un yo verdadero al que no se puede dar un nuevo nombre ni un nuevo envoltorio.

¿Estados Unidos es el país de las oportunidades y la reinvención? ¿Podría esta historia ocurrir en otro sitio? ¿Qué tiene este país que permite que un niño llamado Erik Schroeder se convierta en Eric Kennedy?

Sí, ésta es una historia americana. Estados Unidos ha recibido oleadas de inmigrantes a lo largo de su historia. Unas veces les cambiaron el apellido

FRAGMENTO DE
ENTREVISTA

agentes de inmigración perezosos. Mi madre fue una de esas personas. Vino desde Letonia a los once años, desplazada por la Segunda Guerra Mundial. Había tenido una infancia muy dura. No le gustaba tener que recordar constantemente ni su infancia ni su ascendencia étnica. Todo el mundo se reía de su apellido. Ya ve por dónde voy...

Mucha gente vino a Estados Unidos a reinventarse. Es comprensible. Pero claro, Eric no registra legalmente su cambio de nombre y, como no es ciudadano de los Estados Unidos, comete fraude al aceptar becas, etc. Sin embargo, en mi opinión, la única cosa verdaderamente inmoral que hace es mentir a Laura. No se puede construir un matrimonio sobre una historia de vida falsa.

LA CRÍTICA
HA DICHO

«Ágil, evocadora [...], una novela que funciona al mismo tiempo como estudio de un personaje y como fábula moral, repleta de preguntas que no tienen respuestas fáciles.» *The New York Times*

«Resulta imposible dejar de leer [...]. Gaige crea un auténtico universo alternativo repleto de suspense a medida que los lectores se ven arrastrados por el personaje de Schroder/Kennedy. La capacidad de la autora para construir un personaje moralmente tan complejo es una buena muestra de su talento.» *Chicago Tribune*

«La novela es reflexiva y poética, pero la narración es dinámica y concisa, y el estilo de Gaige, fluido y espontáneo.» *The Guardian*

«Contiene momentos reflexivos, de arrepentimiento y de felicidad, todos ellos plasmados en una prosa de un lirismo no constreñido. El resultado es una meditación radiante sobre la identidad, la memoria, el amor familiar y la pérdida.» *Publishers Weekly*

«No querrás dejar esta novela; desearás leerla de un tirón. Es como un proyectil dirigido contra todos los tópicos sobre la paternidad y el amor familiar. No te olvidarás fácilmente de Erik Schroder, ni de su hija, ni de las frases que les dan vida.» Adam Haslett

«Es una novela lírica y poética sobre las consecuencias adversas de una mentira inocente que persigue a quien la ha dicho a lo largo de toda su vida.» *The Oprah Magazine*

«*Las buenas intenciones* es una novela insólita y exquisitamente escrita que descubre una voz original y convincente en el panorama literario estadounidense.» Jennifer Egan

«La novela atrapa, con su trama trepidante y ese narrador que es un personaje encantador, ambivalente y mordaz, un hombre movido por el amor que tiene claro que el amor no podrá salvarlo.» *The New Yorker*

«Por la agudeza psicológica, la complejidad emocional y la relevancia de sus temas, *Las buenas intenciones* merece todo el éxito. Ojalá existiera un Club de Lectura para Parejas Divorciadas y pudiéramos acercarnos a escuchar los comentarios.» *The Washington Post*

«Obtiene nuestra simpatía allí donde, en teoría, no la merecería. Es una exploración ambiciosa, tensa y audaz de los límites físicos y psicológicos de la identidad; sobre cómo nos ven los demás y cómo nos vemos nosotros mismos.» *The Sunday Times*

«Gaige crea un personaje fascinante y complejo [...]. La novela es una magistral indagación de las vivencias del emigrante, la alienación y el vínculo inquebrantable entre padre e hija.» *Booklist*

«Como el Humbert Humbert, de Nabokov, Schroder es encantador y manipulador, simpático y tramposo, un embaucador hábil con las palabras. La historia de Schroder es profundamente cautivadora y la prosa de Gaige es sorprendente y original, pero la verdadera fuerza de esta magnética novela reside en la ambigüedad moral que percibe el lector.» *People*

«La medida de las grandes dotes como narradora de Gaige nos la ofrece el hecho de que nos resulte creíble una situación que no debería serlo y que nos seduzca un narrador que no debería despertar nuestra simpatía. Rara vez un planteamiento novelístico tan osado se basa en un protagonista tan fascinante.» Jonathan Franzen

«Una novela espléndida.» *San Francisco Chronicle*


«Sorprendentemente buena.» *The Wall Street Journal*

LA AUTORA

Amity Gaige es autora de las novelas *O my Darling* (2005), *The Folded World* (2007) y *Las buenas intenciones*. Sus relatos y artículos han aparecido en publicaciones como *The Yale Review*, *The Literary Review*, *Los Angeles Times* y *One Story*. Ha obtenido las becas Fullbright y Baltic Writing Residency, y ha sido escritora residente en las colonias de MacDowell y Yaddo. En 2006 fue destacada por la National Book Foundation como uno de los cinco mejores escritores jóvenes de menos de treinta y cinco años. En la actualidad, es escritora residente en el Amherst College. Vive en Amherst, Massachusetts, con su familia.

**LAS BUENAS
INTENCIONES**
AMITY GAIGE



 narrativa
salamandra